

## La naturaleza personificada

Jorge Guevara Hernández  
Centro INAH Tlaxcala

La pandemia por la COVID-19 en el 2020 se expandió como el fantasma del comunismo que recorría el mundo en el siglo XIX, solo que esta vez causó temor a todos y todas sin distinción de clases sociales. Este alcance general ha propiciado que surjan diversas maneras de ver, entender e interpretar la pandemia, así como de enfrentarse o resolver el reto que representa su expansión descontrolada, que mostraría lo ineficiente de nuestro sistema mundial de salud, entre otras deficiencias estructurales de las sociedades del siglo XXI.

Ahora quiero centrar la atención en la teoría que ve el origen de la pandemia en un castigo o respuesta de la Madre Naturaleza al daño ocasionado por los humanos. Diversos actores sociales ven en ello la solución al afirmar que, si modificamos nuestra relación con la naturaleza, esta dejará de dañarnos. Se ha visto a las sociedades indígenas como pueblos que mantienen una unión idealizada con la naturaleza, esta imagen del “indígena integrado con ella” es la que prevalece en el imaginario de los grupos urbanos, quizá por considerar a estos pueblos como los habitantes de un mundo perdido o por considerar que están al margen del sistema capitalista. No cabe duda que tal aseveración tendría mucho en que sostenerse, sobre todo si observamos lo realizado por tales sociedades indígenas en sus tareas para conservar las tierras de cultivo, los veneros de agua, los recursos de la montaña y muchas otras prácticas culturales que muestran una forma distinta de utilizar los recursos naturales o, como se

sustentable”, la cual, además, debería ser la norma en esta era pospandemia o “d.C.”, “después de la COVID-19”.

Pero tal imagen del “buen indio ecológico” se desdibuja cuando estas culturas consideran a la naturaleza como un ser vivo, como a una persona con la cual se puede interactuar mediante una forma ritual determinada, porque entonces afloran el racismo, la intolerancia religiosa y la incompreensión.

Como ya vimos en la desafortunada Bolivia, donde un grupo de fanáticos e intolerantes ha tratado de borrar toda huella de un gobierno indígena promoviendo en particular el retorno a la “guía de la Biblia”, pero la del siglo XVI, porque su intención es cubrir la reconquista espiritual con la muerte del infiel. Cinco centurias después de la conquista española, la Pachamama sigue siendo vista hoy como la imagen “del embaucador”. Es decir, parece que hubo una involución, pero esto es una mentira, pues en realidad sí hubo un avance de la conciencia que le permitió llegar al poder político a los “idólatras”, mientras que la resistencia a esos cambios, persiste en la sacra estratificación social.



Panorámica de La Malinche. Fotografía: Jorge Guevara Hernández

La personificación de la naturaleza es quizá el rasgo más sobresaliente de la relación entre los indígenas y la naturaleza y el que más resistencia suscita en los no-indígenas. Pero, ¿si aceptaran este planteamiento indígena, implicaría su inferioridad? El planteamiento no deja de tener cierto tinte evolucionista, ya sea si la respuesta es en un sentido u otro, por lo que será necesario replantear la pregunta en términos más personales: ¿Qué tan difícil es aceptar la personificación de la naturaleza? En el entendido que no solo basta con afirmarlo, sino probar, por ejemplo, si se es capaz de hablar con la montaña La Malinche como si fuera una persona, de tal manera que ella pueda proporcionarnos lo que se dice que da. No solo es una mujer, sino que es la montaña misma que se transforma en lluvia y en serpiente. Si no es posible creer en la personificación de la naturaleza, menos se va a comprender el concepto de un cuarteto sagrado.

A lo más que ha podido llegar el pensamiento occidental se observa en la encíclica papal de Francisco, *Laudato si*, publicada el 15 de junio de 2015, en la que inicia exponiendo el punto de vista medieval, —el de san Francisco de Asís—, por su contexto histórico, pero adelantado para su época y la nuestra, por llamar hermana a la tierra. Siendo nuestra pariente directa, el papa Francisco no duda en afirmar: “Esta hermana clama por el daño que le provocamos a causa del uso irresponsable y del abuso de los bienes”. En este discurso se personifica a la tierra, pues se le otorgan acciones propias de una persona, como clamar, y de esperarse que no llegaría al extremo de reconocerla, verdadera y conscientemente, como una persona, menos aún como una divinidad. Por eso el papa prefirió llamarla “la casa común”, un término que nos aleja del espíritu franciscano, pero se mantiene en la línea de crítica al sistema capitalista, por su carácter

predatorio de los recursos naturales, que ha seguido la iglesia católica desde hace varias décadas.



Carro alegórico en el desfile de feria. Fotografía: Jorge Guevara Hernández

Sin embargo, aunque no exista ese reconocimiento de que la naturaleza es un ente vivo, es parte de un lenguaje común hablar de la “madre tierra”, término empleado por partidos verdes, asociaciones ecologistas, danzantes concheros, defensores de recursos naturales, y un sinnúmero de personas. En muchos de estos casos el reconocimiento se expresa en la celebración de rituales dedicados a ella, en otros se manifiesta como una práctica cultural agrícola, forestal o pesquera, mientras que para otros es solo una manera de hablar en sentido figurado, que no compromete a nadie a creer en que la tierra es un ente vivo.

El reconocimiento de la personificación de la naturaleza por parte del pensamiento occidental, pasa por un proceso tan sencillo y difícil a la vez como considerar seriamente la posibilidad de que el mundo lineal y tridimensional no es real, que es solo parte de un holograma cuántico, porque cuántica es una energía que trasciende el mundo dualista de la tercera dimensión. Esta energía cuántica no cabe

espacio, tiempo y movimiento, tampoco en nuestra autodefinición de humanidad y poco a poco se abre un lugar en otras ciencias ajenas a la física, como la antropología la cual, va clarificando el comportamiento de la concepción cuántica de la energía.

No es solo la energía cuántica lo que se involucra, sino sobre todo la conciencia de lo que se cree, se dice y se piensa, verbigracia, lo que ocurre en un ritual a la Madre Tierra o a la lluvia. Cualquiera puede poner a prueba que, con la imaginación y la conciencia, entendiendo a la conciencia como la capacidad de tener autoobservación, y a la imaginación como una capacidad del cerebro que trasciende al cerebro, estaremos en la potencialidad del viaje interdimensional y quizá, con suerte, podamos reconsiderar la personificación de la naturaleza sin, supuestamente, perder el equilibrio mental ni condenarnos a un fuego interminable. En otras palabras, si la física cuántica puede ayudar a Occidente en la comprensión de la naturaleza como una persona, es debido a los aspectos imaginativos y conscientes que se involucran en la realización de los ritua-



Muñeca con vestimenta tradicional en el desfile de feria.  
Fotografía: Jorge Guevara Hernández

## La COVID-19 vs. Antropología

Eduardo Sánchez Velasco  
Centro INAH Tlaxcala

*El mal de nuestro tiempo consiste en la  
pérdida de la conciencia del mal.  
Krishnamurti*

La pandemia –creemos– nos ha hecho ver que nuestras actividades cotidianas, laborales y profesionales han sido rebasadas. Entre estas últimas podemos incluir –de forma general– a la antropología.

Un suceso biológico nos ha trastocado de diferentes modos y lo más dramático es que no sabemos con certeza hasta cuándo y de qué manera nos cambiará. ¿Acaso aprenderemos a convivir indefinidamente con otro virus?, ¿continuaremos con nuestro miedo, enclaustramiento y adaptando nuestras actividades antropológicas a las circunstancias?

En coexistencia con el coronavirus, en medio de la experiencia, buscamos detenernos y otear con dificultad para poder contar la historia de la cual somos parte; desde el interior nos cuestionamos de qué forma, cómo y dónde estamos viviendo la pandemia los antropólogos. Nosotros, –supuestamente– versados en el trabajo de campo y en el contacto con la gente; sobre todo, en el ejercicio de la “observación participante” que nos define. Los mismos que, ahora transformados, nos hemos recluido en nuestros gabinetes, afanándonos –qué más podríamos hacer– en armar modelos teóricos que den cuenta de la COVID-19 y sus probables consecuencias.